

Cara y cruz de la ciudad

JOSÉ LUIS
PINILLOS

Civitas es una palabra latina que procede de otra griega, *Kéatai*, que originariamente significaba reposo, lugar acondicionado por el hombre para su propio descanso y seguridad: es decir, para todo aquello que la gran ciudad está dejando de ser. Si como ejemplo de esta transformación tomo Madrid, la ciudad de que más cerca me siento en todos los sentidos, y que conozco desde abril de 1931, hace ya más de sesenta primaveras, creo que huelgan las explicaciones. La vieja corte de España ha dejado de ser cortés. Los urbanos -los guardias y los guardados- no se distinguen ya por su urbanidad, palabra en desuso que resulta cursi. De la seguridad de la ciudad más vale no hablar, y del lugar de reposo que se supone debía ser, dan razón las colas que se forman para huir al campo los fines de semana, o para disfrutar de los famosos y bienvenidos puentes con que todos soñamos.

Como es sabido, el tema de la ciudad como problema psicológico viene siendo objeto de creciente preocupación al menos desde principios de siglo. Ya en 1903, en un ensayo realmente brillante, Jorge Simmel puso de manifiesto los trastornos que la vida de las grandes urbes provocan en el psiquis-mo humano, y a partir de entonces los estudios de psicología y sociología de la gran ciudad han seguido en gran medida esta línea crítica. Simmel arranca, en efecto, de un principio que, a su juicio, caracteriza el funcionamiento de toda la modernidad. En el mundo moderno, nos dice, se

«"Civitas" es una palabra latina que procede de otra griega, "kéatai", que significaba reposo, lugar acondicionado por el hombre para su descanso y seguridad; es decir: para todo aquello que la gran ciudad está dejando de ser.»

tiende a que todo interaccione con todo, de tal manera que las relaciones de movimiento que se establecen entre los componentes del mundo favorecen el fenómeno de la fragmentación, esto es, de «la disolución del alma de la sociedad en la suma de las interacciones de los participantes». Traducido a un lenguaje más concreto, todo esto significa que la ciudad moderna, con su hiperactividad y excitación crecientes, provoca en el ciudadano un incremento del nerviosismo y también del hastío que trae consigo la constante superestimulación de los sentidos. En opinión de Simmel, el medio urbano genera sentimientos reprimidos de tensión y de insatisfacción, de urgencia impotente, y otros efectos similares que tienen su origen en la mecanización y tecnificación de la vida que impone la gran ciudad. Así, no sólo acontece que los mecanismos sociotecnológicos de las megápolis nivelan y erosionan directamente a la persona

humana; también ocurre que cuanto más mecánico e impersonal es el modo de adquirir o lograr las cosas, tanto más desvaído y sin interés aparece el objeto de la actividad psíquica. Extremo que, a la vez que una devaluación de la objetividad, implicaría también una potenciación excesiva del sujeto.

A este respecto, piensa Simmel que, en la ciudad, la realidad social se siente como un estado de flujo incesante. En otras palabras, cree Simmel que la gran ciudad disuelve la realidad en proceso, de tal forma y manera que las «cosas» y los problemas pierden su figura objetiva y se disuelven en el flujo incesante de lo psíquico, es decir, en la cultura subjeti-vista del *psi*. De alguna manera, pues, la gran ciudad representaría -y yo creo que Simmel tiene razón- el triunfo del psicologismo. Eso significa, entre otras cosas, que los conceptos más adecuados para expresar la realidad fluida deben ser los conceptos relacionales, más a propósito que los grandes principios inmutables para reflejar los fugaces estados que actúan como agentes de conexión de los individuos con la dinámica social de la ciudad. En este sentido, Simmel concibe la gran ciudad como el lugar de esas sutiles e invisibles tramas que, como momentos móviles de interacción, son en sí mismas un rasgo de la modernidad.

En cualquier caso, se esté o no de acuerdo con el diagnóstico de Simmel, lo cierto es que la psicología social de la gran ciudad ha discurrido en este siglo por un nivel de análisis que contempla la transformación de la vida humana en función del «habitat» que el propio hombre se ha creado. La tesis -que hoy en día es menester revisar desde otras perspectivas- sostiene en primer término que la ciudad imprime carácter, esto es, que el «habitat» urbano configura los hábitos, los modos de vivir del ciudadano; y en segundo lugar, afirma que esta acción configuradora se ejerce a lo largo de unas cuantas dimensiones del propio *milieu*, tales como la aglomeración, la prisa, la masificación, el anonimato, la alienación, la agresión estimular y algunas otras, cuyos efectos sobre los hábitos urbanos y la personalidad de los ciudadanos serían en gran parte negativos, esto es, generarían estrés, anomia y, en última instancia, alienación.

A decir verdad, pienso que esta manera de enfocar el problema sigue siendo en buena parte válida. Pero creo también que requiere una reconsideración a fondo, en la medida en que esa perspectiva deja fuera de foco los aspectos atractivos de la gran ciudad sin tener suficientemente en cuenta otros efectos a más largo plazo y distintos de los considerados por las ciencias sociales del momento. Ciertamente, la gran ciudad es fuente de problemas psicológicos serios, pero algo de bueno tendrá cuando pocos son los que se marchan de ella y legión los que a ella vienen o en ella resistimos. Algo tendrá el agua cuando la bendicen, y la gran ciudad cuando se llena. ¿Es verdad, en suma, que la vida urbana es alienante? ¿No se tratará de un tópico de tantos? ¿No ha sido la ciudad el crisol de la historia, el lugar de las oportunidades, de la plenitud de la cultura, del comercio y de tantas cosas más? ¿Por qué, si no, iba a despoblarse el campo y a congestionarse la ciudad? ¿No ocurrirá acaso que, como Jano, la ciudad tiene dos caras? ¿No será cierto que, a la par que un lugar malsano del que desprenden influjos nocivos, la ciudad es también, o sobre todo, un extraordinario repertorio de posibilidades vitales? Trataré de responder a estas preguntas en la medida de lo que me sea posible.

Vaya por delante la declaración formal de que, personalmente, no me considero ningún detractor de la ciudad. Entiendo que los motivos de la

«¿Es verdad, en suma, que la vida urbana es alienante? ¿No se tratará de un tópico de tantos? ¿No ha sido la ciudad el crisol de la historia, el lugar de las oportunidades, de la plenitud de la cultura, del comercio y de tantas cosas más?»



atracción urbana han existido siempre: desde las «boutiques» -que las había- de las ciudades de Sumeria, hasta las pasarelas de los diseñadores hoy de moda, las exposiciones, los museos, los espectáculos, los comercios, los restaurantes, los casinos, los cabarets, la vida alegre, las diversiones, las comunicaciones, etc., son incontables los elementos de la gran ciudad que hacen de ella un extraordinario repertorio de posibilidades vitales, el más brillante que posiblemente haya existido jamás en la historia de la humanidad. Y, sin embargo, dicho esto, no es menos cierto que la psicología social contemporánea ha puesto de relieve la existencia de otros aspectos no tan atractivos de la vida en la ciudad. Para decirlo con palabras de Romain Rolland, es como si tras el brillo del orden lucieran los ojos del caos. A este respecto, y sin pretender ni por lo más remoto ser exhaustivo, haré mención de unos cuantos problemas que, no por bien conocidos, dejan de ser importantes.

Por supuesto, el problema de la agresión estimular urbana no se reduce a la contaminación física del ambiente que producen los coches, las calefacciones, las industrias y un sinnúmero de agentes contaminantes que se dan cita en la ciudad. Al referirme a la agresión estimular urbana no estoy pensando exclusivamente en los agentes tóxicos que polucionan, vaya por casó, el aire que a duras penas respiramos y que palpablemente irrita a veces las mucosas de nuestro aparato respiratorio o hasta los ojos. Es obvio que esos agentes tóxicos -entre los cuales no hay que olvidar el ruido y los olores- actúan directamente sobre los órganos de los sentidos, irritándolos o contribuyendo eficazmente a su atrofia. Aparte de eso, que no es poco, ocurre también que algunos de esos tóxicos se depositan con el tiempo en la sangre y en otros tejidos, constituyendo a la postre una agresión biológica que puede llegar a ser verdaderamente seria. No voy a insistir en ello, no porque carezca de importancia -pues sin duda la tiene-, sino porque se trata de un hecho sobradamente conocido en el que no quiero insistir. Me referiré, en cambio, a otra clase de agresión que habitualmente pasa desapercibida, pero que no por más sutil deja de ser peligrosa.

Concretamente, en lo que estoy pensando es en algo aparentemente tan etéreo como los estímulos psicológicos -visuales, por caso-, y en definitiva toda la información sensorial que nos llega a través de los sentidos. Esta

información puede convertirse, y de hecho se convierte muchas veces, en una forma insidiosa de agresión, de la que no nos defendemos porque sencillamente desconocemos su condición malsana. Si es cierto, como demostraron en su día Bexton y otros, que la ausencia de una estimulación rica y adecuada provoca trastornos psicológicos serios, que van desde la confusión mental hasta las alucinaciones; si es verdad que una dieta estimular deficitaria puede afectar nocivamente al organismo y sus funciones psíquicas, no es menos cierto que la sobrecarga de estímulos, el incremento de su intensidad o la distorsión de su estructura pueden desencadenar, asimismo, perturbaciones psicológicas no menos serias.

A título de ejemplo, me referiré en primer lugar al ruido, ese nuevo enemigo del alma que tiene una de sus sedes principales en la estrepitosa gran ciudad. El ruido es un exponente,

«A título de ejemplo me referiré al ruido, ese nuevo enemigo del alma que tiene una de sus sedes principales en la estrepitosa gran ciudad. El ruido es un exponente de la agresión estimular a que se ve sometido el ciudadano normal»



aunque desde luego no el único, de la agresión estimular casi constante a que se ve sometido el ciudadano normal, esto es, el que no vive en alguna urbanización de lujo o en un barrio apartado que tenga resuelto este problema. La llamada «polución sonora» constituye, pensamos, un ejemplo bastante elocuente de este tipo de agresiones a que nos tiene implacablemente sometidos la disparatada ecología de muchas de nuestras grandes ciudades. Como ha señalado el doctor García Vega, en un riguroso y atractivo libro sobre *El corazón del hombre y la gran ciudad*, ésta provoca también, es decir, además de los ya mencionados efectos irritativos locales, una reacción defensiva global del organismo, que se manifiesta en alteraciones de los ritmos corticales, de la función cardíaca y de la tensión arterial: «La contaminación atmosférica -concluye el autor- contribuye a anticipar la aparición del "corazón pulmonar", favorece las manifestaciones sintomáticas de las coronariopatías, de ciertas miocardiopatías y de numerosas reacciones neuropsicocardiacas.» En suma, la sobrecarga de estímulos a que el medio urbano nos tiene sometidos constituye un ejemplo bastante claro de las contrafunciones ecológicas que ejerce la gran ciudad. La acción estimular urbana que, en principio, debería servir tan sólo para enriquecer nuestro desarrollo psicológico, contribuye de hecho al deterioro de nuestro equilibrio mental e incluso a la génesis de graves patologías funcionales.

De otra parte, es obvio que las ciudades se hicieron para congrega a los hombres, esto es, a fin de que pudieran realizar juntos lo que la dispersión rural difícilmente permite: por ejemplo, una organización social desarrollada. Pero aunque para ser hombre, como hacía notar Fichte, hay que ser varios, la concentración de multitudes en espacios restringidos origina problemas de convivencia que pueden llegar a ser sumamente graves. Por descontado, no es lícito generalizar sin más al comportamiento humano los efectos que el hacinamiento produce en las colonias de roedores, vaya por caso. Pero, no obstante, los resultados de estudios como los efectuados por Calhoun en nidos de ratas no dejan de constituir una seria advertencia al respecto. Hechas todas las salvedades que se quieran, los paralelismos existen, y las repercusiones humanas de la congestión demográfica en las grandes ciudades constituye uno de los hechos básicos constatados por la psiquiatría social. En la dialéctica «concentración-dispersión», tan decisiva para la ordenación equilibrada de las ciudades, parece que el polo de la congestión genera efectos realmente nocivos para la convivencia y para el desarrollo de los seres humanos. Entre tales efectos, son notorios los siguientes:

a) Una sobrecarga de relaciones interpersonales que exige la despersonalización de éstas y, en definitiva, su vaciado de todo contenido realmente personal. La máxima expresión de la contradicción urbana se manifiesta quizá en el hecho de que, siendo máximas las relaciones de proximidad material de unos seres humanos con otros, las relaciones con el prójimo son, sin embargo, mínimas. Así, la despersonalización, el distanciamiento, la deshumanización de las relaciones interpersonales, pongamos por caso, son, entre muchos otros que podríamos citar, efectos paradójicos que se derivan necesariamente de la congestión urbana. Ésta, por supuesto, se podría evitar, pero, al parecer, en la práctica no hay quien la evite. , b) Esta misma sobrecarga de relaciones impone a la vida ciudadana un principio de competitividad contrario al de la convivencia. La inexorable

ley de la selección natural se sobrepone a la de la convivencia en la cotidiana *struggle for Ufe* que el ciudadano tiene forzosamente que mantener a todas horas para abrirse camino no sólo en el tráfico, en el aparcamiento, en la cola del cine o en la lucha por la mesa del restaurante, sino en la vida toda.

c) Finalmente, la apatía, la pasividad, la indiferencia por los problemas del prójimo, por lo que le pasa al mendigo del metro, a la víctima de un atraco o de un ataque cardíaco en plena calle constituyen otros aspectos más del paradójico distanciamiento que provoca, como reacción de defensa, el exceso de proximidad, el acortamiento de las distancias interpersonales y su multiplicación como consecuencia del «lleno» que por doquier se adueña de la ciudad.

«Como las relaciones interpersonales alcanzan en la ciudad un elevado orden, sobreviene la despersonalización de la relación humana. Los ciudadanos deben mantener las distancias y desentenderse del prójimo.»

Dicho en pocas palabras, como todo lo que se multiplica se complica, como las relaciones interpersonales alcanzan en la ciudad un elevado orden de magnitud, surgen entonces los fenómenos del «overbooking», del «overmaning» y, en definitiva, sobreviene la despersonalización de la relación humana. Justamente por estar tan próximos unos a otros, los ciudadanos deben mantener las distancias, desentenderse del prójimo, practicar la contrafunción de la tan cacareada solidaridad. O lo que es lo mismo, justamente debido a su estructura, la gran ciudad no puede ser cristiana.

Hay, por lo demás, otro aspecto del problema, la burocratización, que también pertenece al ala sombría de la vida en la ciudad. La demografía gigantesca de las grandes ciudades exige,

por supuesto, una organización proporcional a las dimensiones del problema. Y, en realidad, la entrada de la ciudad en los umbrales de una civilización postindustrial, apoyada en la informática, facilita a las instituciones y a los gobiernos el desarrollo de la burocracia y el correspondiente control administrativo, cuando no policiaco, de grandes masas de individuos. Lo cual inevitablemente trae consigo la proliferación de roles o papeles sociales, la segmentación de la conducta en cometidos específicos múltiples que pulverizan la unidad del individuo, cohiben su iniciativa y, a última hora, burocratizan la vida. La identidad de la persona y su espontaneidad son socavadas así por la multiplicación de cometidos, códigos y normas que prescriben y unifican las pautas de la acción individual. A fuerza de tener que ser constantemente tantas cosas distintas, el hombre de la gran ciudad acaba finalmente por ignorar quién es. Y en última instancia, privado de más altas miras, se limita a buscar su identidad en los aspectos más materiales y alicortos de la vida.

Al tiempo que esto ocurre, acontece también que al individuo se le alejan los centros de decisión en materias que le afectan muy directamente, de tal forma y manera que el centro de gravedad de su vida se le desplaza de dentro afuera. Hasta el punto de que en este descentramiento vital la existencia humana va dejando de ser un proyecto personal para convertirse en un efecto sobrevenido, en un resultado mostrenco de causas ajenas a la propia decisión e iniciativa. Esta despersonalización de la vida es, en suma, una consecuencia de la inevitable tecnificación de la gran ciudad, cuya estructura resulta cada vez más alienante. Por extraño que parezca, la

misma estructura que facilita la diversificación del sistema urbano y sus posibilidades vitales es la que al mismo tiempo burocratiza la vida y la convierte, de algo que uno hace, en algo que le hacen a uno. Éste es un ejemplo más de las contrafunciones con que lo mecánico se opone a lo vital, de los modos con los que la tecnocracia pretende dominar al hombre. Nada de extraño tiene, pues, que determinadas gentes, por ejemplo, las posmo-dernas, hagan la apología del desorden, en un intento desesperado por romper la tela de araña con que trata de envolverles la tecnoestructura de la ciudad.

Por lo demás, a nadie se le oculta que la ciudad actual imprime a sus habitantes un ritmo de vida sumamente rápido que, al parecer, se acelera sin cesar, de acuerdo con la segunda ley del cambio formulada hace dos siglos por Turgot, el ilustrado ministro de Hacienda de Luis XVI. El «tem-po» de la ciudad ha llegado a ser de vértigo, y para atenerse a él le es preciso al ciudadano estar en tensión continua, superando una tras otra dificultades sin cuento que constantemente se interponen en el camino de la celeridad. Si hay algo que la ciudad moderna ha dejado de ser es, evidentemente, el lugar de reposo a que alude su etimología. La vida en ella es crecientemente rápida, vertiginosa a veces, pero al mismo tiempo inundada de obstáculos que la paralizan. Esta paradójica condición de la vida urbana actual tiene, como es lógico, graves repercusiones en el comportamiento de la gente. El estrés es, sin duda, una de ellas. Querer llegar a tiempo y no poder hacerlo es, sin duda, una de las mejores maneras de adentrarse por el camino de la frustración y de las correspondientes secuelas de hostilidad y agresión que suelen acompañar a ésta.

De otro lado, es obvio que los cambios constantes exigen una adaptación asimismo constante a los cambios del medio ambiente, con la consiguiente fatiga y gasto de energía que las personas mayores difícilmente son capaces de aguantar. La ciudad moderna, pues, no es caritativa, no es cristiana, ni está pensada para los débiles, esto es, para los enfermos, los viejos o los niños. El ajetreo de la ciudad implica no sólo gasto de energía física, «muscular», por decirlo así. Implica asimismo, y quizá sobre todo, cambios profundos de actitud, reajustes continuos de la vida, es decir, un esfuerzo de incesante adaptación a lo nuevo, que es precisamente lo que la persona mayor no puede hacer. Cuando estos esfuerzos son continuos, o exigen reajustes adaptativos importantes, originan en el individuo un sentimiento de impotencia y de inseguridad vital, sobre todo en las personas que ven disminuir sus recursos para hacer frente a tan continuos esfuerzos de adaptación. Caer en el estrés, en un estrés acumulativo que acaba por hacerse crónico, es el sino de un gran número de habitantes de la gran ciudad, que tratan de combatir sus problemas tomando tranquilizantes. A la postre, el cambio perpetuo debilita o disuelve la identidad personal, al tiempo que relativiza de tal forma las normas morales que finalmente de la sociedad se adueña la anomia. En efecto, si todo en la vida cambiase tan rápidamente como acontece en el mundo de la técnica -y eso es lo que la gente acaba creyendo-, si la obsolescencia, el envejecimiento rápido de los productos fuese también una ley general de la vida, entonces

«Los cambios constantes exigen una adaptación constante a los cambios del medio ambiente que las personas mayores no son capaces de aguantar. La ciudad moderna no está pensada para los débiles, esto es, para los enfermos, los viejos o los niños.»



no se ve por qué regla de tres las normas morales de hoy no iban a ser reemplazadas mañana por otras más convenientes, etc. Con lo cual, ni que decir tiene, el desmontaje, la deconstrucción de todo principio moral firme está asegurada. Quiere esto decir que la prisa, esa enfermedad que ha invadido la ciudad moderna, es otro de los factores que perjudica el desarrollo humano.

Por último o, mejor dicho, para poner término a este largo listado de consecuencias negativas de la vida urbana, aludiremos a la sobredosis de información contradictoria que recibe por término medio el habitante de la gran ciudad. Junto a ser un lugar de cruce de culturas, y por tanto un centro cosmopolita, la gran ciudad es realmente un lugar de tremendos contrastes, donde la miseria coexiste a veces con el lujo y la riqueza más espectaculares, fomentando así la envidia y el resentimiento. Pues si es verdad que la ignorancia anula el deseo *-ignoti nulla cupido*, que dijo Ovidio-, también es cierto que las cosas entran por los ojos y que el gran espectáculo del mundo que ofrecen hoy en día los medios informativos lo que hace es incrementar las aspiraciones humanas mucho más allá de toda satisfacción posible. Por otra parte, allí donde la diversidad de costumbres es tan grande como en la gran ciudad, se desarrolla la tolerancia, o más bien un relativismo muy próximo al escepticismo. Podríamos alargar, en fin, estos comentarios hablando de la dislocación del espacio urbano, de la contracción del tiempo útil, de los semáforos que jalonan de necesidad el laberinto urbano, de la falta de horizonte, de los territorios y los barrios, de las subculturas, de la impunidad y la violencia, de las psicosis relámpago, de la extinción de la cordialidad, del vandalismo, de la inseguridad urbana y de quién sabe qué más, sin que la conclusión a que ya hemos llegado variase en lo más mínimo.

Más o menos, cuanto llevamos dicho ocurre de verdad, forma parte del paisaje urbano y es uno de los factores determinantes de la transformación de las costumbres. Si éstas evolucionaran con arreglo a las leyes del mecanicismo, es decir, si el «habitat» determinara los hábitos, y si éstos hicieran a su vez al monje, entonces no sería necesario forzar las cosas para, a la vista de lo ya dicho y entredicho, aceptar la interpretación mecanicista de la ciudad. O dicho de otra manera, entonces deberíamos encontrarnos con el

hecho de que las costumbres procedentes de una ecología adversa tendrían que llevar bien claramente puesto el sello de la degradación.

«La ciudad también genera efectos buenos. Los nuevos hábitos urbanos tienden a ser menos inhibidos, más desenvueltos, y también menos correctos; menos respetuosos con la vejez, pero más tolerantes con las diferencias de opinión.»

Sin duda, en muchos casos lo llevan. No hay más que acercarse cualquier fin de semana a los alrededores de Galaxia, sirva el ejemplo, para comprobar cuánto de cierto hay en la tesis de la progresiva degradación de las costumbres. Lo que ocurre es que en la ciudad hay de todo, como en botica, y aunque el vandalismo se nota más que la normalidad, no faltan indicios de que en los nuevos hábitos del pueblo de Madrid, por continuar con el ejemplo que tengo más a mano, aparecen cambios de signo más esperanzador, esto es, se desarrollan también otros hábitos que vienen a ser como el reverso de la medalla.

Para decirlo de otro modo, parece evidente que, dada la profundidad y el alcance de las transformaciones tecnológi-

cas, sociales, políticas y económicas acontecidas en el mundo entero durante este siglo, y de forma muy acusada durante los últimos decenios, no cabía esperar que nuestro país y las costumbres de sus gentes permanecieran virginalmente al margen del proceso de cambio. Por supuesto que no lo han hecho, y por supuesto que el fenómeno se ha producido con mayor intensidad en las grandes ciudades. Ciertamente, muchos de los cambios ocurridos son susceptibles de ser interpretados en la misma clave -en el fondo, un tanto mecanicista- que ha venido utilizándose a partir de los estudios de Simmel. Sólo que desde la caída del positivismo algunos sociólogos y psicólogos han empezado a cuestionarse seriamente la validez del modelo heredado, esto es, se están preguntando si todos los cambios comportamentales que han tenido lugar en las grandes ciudades han de ser interpretados necesariamente en una clave negativa, y como reflejo mecánico de los cambios acontecidos en las estructuras. Es indudable que entre esos cambios los hay de signo degenerativo y psicopatológico: bien a la vista están. Pero, de otra parte, si en los cambios se incluye el método utilizado para analizarlos, es decir, el método utilizado para investigar los cambios mismos, los resultados de las investigaciones varían de forma considerable y no siempre presentan un cariz tan negativo. Digamos que el panorama que surge es agri dulce y no tan sombrío como el que habitualmente se dibujaba en los estudios al respecto. Variada la óptica, lo que se ve es también mucho más multicolor y variopinto. El cambio metodológico ha consistido sobre todo en dar entrada en las investigaciones a modelos no lineales y en ampliar el plazo de seguimiento de los efectos de los cambios. Desde esta nueva perspectiva, que es la utilizada por figuras como Stokols, muchas de las repercusiones que se tenían por nefastas han sido reinterpretadas en términos no tan sombríos. Al parecer, no siempre los divorcios repercuten negativamente en el desarrollo de la personalidad de los hijos. Tampoco las aglomeraciones urbanas, la rapidez de los cambios y la prisa provocan siempre alteraciones regresivas en el comportamiento. Por el contrario, pueden favorecer el desarrollo de una mayor agilidad mental, que a la larga sea beneficiosa para la creatividad en órdenes muy diversos de la acción humana. Todo ello aconseja, en suma, ser más prudente en los juicios y no dejarse llevar de buenas a primeras por los estereotipos y clichés propios del fatalismo.

Conviene no olvidar que cada vez abundan más los estudios, hechos primero con ratas y otros animales, y luego con seres humanos, donde se ha ido poniendo de manifiesto que algunos de los parámetros ambientales que se daban por degradativos -como el estrés, la aceleración de la vida, las aglomeraciones- no van seguidos de los efectos que se pensaba cuando se amplía el plazo de observación de las conductas. Por ejemplo, el modelo que habitualmente se ha utilizado para comprobar los efectos del estrés ha sido un modelo en «U» invertida, donde la escasez de estimulación «estresante» iba seguida de desidia y apatía, a la vez que el exceso de estimulación también se asociaba a la aparición de fenómenos nocivos, como úlceras, enfermedades cardiovasculares y otros trastornos psicosomáticos. Sin embargo, parece que un estrés de grado medio va seguido, a un plazo más

«En la ciudad hay de todo como en botica, y aunque el vandalismo se nota más que la normalidad no faltan indicios de que en los nuevos hábitos del pueblo de Madrid, por ejemplo, aparecen cambios de signo más esperanzados»



largo del que solía considerarse, por comportamientos más ágiles y creativos que los normales.

La ciudad, en definitiva, también genera efectos buenos. Es desde este punto de vista desde el que entiendo que deben reconsiderarse las cosas. Tal como a mí se me alcanzan, los nuevos hábitos urbanos tienden a ser menos inhibidos, más desenvueltos y también menos correctos, si llega el caso, que hace unos decenios; menos respetuosos con la vejez/desde luego, pero también más tolerantes con las diferencias de opinión; las gentes se muestran más escépticas en lo referente a la política y a las grandes promesas, quizá más indiferentes también en materia religiosa y, desde luego, mucho más directas que antes en todo lo que concierne al sexo y a los intereses materiales; las nuevas generaciones -y las viejas- parecen estar más atentas a la información y a la cultura «light» que a la lectura de los clásicos; todos nos hemos sensibilizado mucho al bienestar material y a la seguridad económica y, desde luego, parecemos cada vez más proclives a una vida privatizada ajena a cualquier tentación heroica. Hay aspectos específicos del comportamiento que realmente se han problematizado mucho -droga, delincuencia, accidentes de tráfico, corrupción-, pero quizá la profundidad y alcance de estos cambios no sean tan graves, tan definitivos como nos tememos. Ni las ciudades ni los ciudadanos somos autómatas. En los países suelen darse unos fenómenos que se llaman «renacimientos» y que son un claro mentís al fatalismoseudocientífico.

Déjenme decirles, para terminar, que las dificultades materiales del «habitat» urbano se han puesto en conexión con el desarrollo humano. Y resulta que en el grupo de los individuos que de mayores terminan siendo más creadores, suele haber de pequeños de dos a tres veces más niños con problemas económicos, familiares y educativos que en el grupo de los que de mayores se quedan en «normales». Se ve que el ser humano posee la singular propiedad de crecerse en las dificultades. La circunstancia urbana actual tal vez sea difícil, pero cabe abordarla con espíritu de superación. A largo plazo, muchos de los cambios que hoy nos parecen negativos acaso sean el comienzo de una nueva manera de concebir la vida, distinta de la antigua, pero no necesariamente peor.